

tum Sanctum, (1) no solo sereno la peligrosa borrasca de sus tentaciones, si que le transportò al Paraíso de las delicias, donde viò las maravillas, que iba à contar, si el Santo no le sellàra sus labios con el fuerte candado de la obediencia: que se hizo obedecer no solo de los elementos, y enfermedades, sino de la misma muerte, obligandola à restituir las presas. Todo esto no niego, que encomienda mucho el grande amor, que tuvo su Magestad à nuestro Antonio; pero mas que todo lo dicho lo manifiesta aquel suceso, que no por ser tan sabido, deja de causar una admiracion nueva à quien lo atiende. Os acordais de aquella noche, si puede llamarse con este nombre, la que brillò con ventajas al mas claro dia? Noche felicissima ciertamente para nuestro Santo, en la qual no echò menos la luz del dia, pues hizo el oficio del Sol material, el que es candor de la luz eterna, y lampara de donde toman su fuego los Serafines. Estaba Antonio de transito en la Ciudad de Podio, y tomò hospedage en la casa de un hombre piadoso, que creyò hacerse honor à si mismo con admitirle. Quando ya era muy entrada la noche, y estaba en recogimiento, y silencio toda la familia, quiso el devoto huesped, llevado de una piadosa curiosidad, ver lo que Antonio estaba haciendo en aquella hora. Con esta mira havia tomado todas las providencias, que juzgò necessarias para el efeto de observar quanto passaba en la estancia sin ser descubierto. Llegòse cerca de la puerta, y viò transpirarse por los intersticios tantas luces, y tantas fragancias, que daban bien à entender, estar alli cerrado algun nuevo Sol, bañando de resplandores à quien estaba gozando los privilegios del Paraíso. Avivòse con esta novedad su deseo, y acercandose mas àcia las puertas, viò: O Dios altissimo! Y què condescendencias tan amorosas, y tan tiernas usais con vuestros escogidos! Viò un Niño hermosissimo en

cu-

(1) 2. p. Chron. vid. de S. Ant. cap. 21.

cuyo rostro luminoso se echaba bien de ver ser hijo de la Aurora. Era el mismo Jesus, que substituyendo los brazos de Antonio por las alas de los Querubines, tenia en ellos su asiento, y sus delicias. (1) Moyfes, aquel grande amigo de Dios, viò à su Magestad, ò à quien le representaba, que es lo mas cierto, y no cara à cara como lo pedia, sino por las espaldas. Antonio mirò en sus brazos, aquel, ante quien doblan reverentes la rodilla los Principados, y en cuya presencia asisten con temblor los Serafines. Y no solamente le mirò, sino que recibì de Jesus Niño todas aquellas dulcissimas caricias propias de un Dios, que tiene sus castas delicias con las criaturas, segun lo inspirò à Salomon, para que lo dejasse escrito en los Proverbios. (2) Espectaculo ciertamente digno de la admiracion de los mismos Angeles! Jesus se convertia para Antonio, Antonio recibia amorosamente à Jesus. Eran de uno à otro reciprocos los abrazos, reciprocas las risas amorosas, reciprocos los osculos dulcissimos, y reciprocas todas las caricias mas suaves. Yo dejo à vosotros, ò Señores, que juzgueis aora qual quedaria el corazon de aquel dichosissimo huesped de nuestro Santo, que fue testigo deste prodigio, y lo jurò despues en toda forma sobre los santos Evangelios. Con tal experiencia de lo acepto que era à Dios Antonio, no hay duda quedaria mas, y mas afecto à nuestro Santo, que le amaria en adelante con mayor ternura, y que se esmeraria en dar pruebas de su estimacion, para obligar la piedad, y merito del Santo. Pero no era solo el quien con muestras de la mas sincera benevolencia queria grangearse el patrocinio de Antonio. Todos los hombres hacian merito de sus obsequios, y estimacion, para conseguir las efusiones liberalissimas de su poder, y de su piedad. Y esto me ha obligado à darle à nuestro Santo el

elo-

(1) *Tollamque manum meam, & videbis posteriora mea, faciem autem meam videre non poteris.* Exod. 33. (2) *Delicia mea esse cum filiis hominum.* Prov. 8. v. 31.

elogio, que se diò à Moyses, publicandole: *Amado de Dios*, como haveis visto; y *Amado tambien de los hombres*, como vereis.

PARTE SEGUNDA.

ES la beneficencia una virtud moral, que hace aceptísimos à los hombres à quien posee. Leed las historias, ò sagradas, ò profanas, ò antiguas, ò modernas, y quedareis persuadidos con las experiencias de todos los siglos, y todas las naciones, desde la mas barbara, hasta la mas culta, que aquel es mirado con amor, que beneficia, y aquel es aborrecido, que ofende. Yo me abstengo de traeros sucesos, porque no parezca, que quiero ostentar erudicion en una materia, que basta tomar qualquier libro en las manos, para estar instruido. Solo quiero acordaros las memorias de Julio Cesar, y de Tito Vespasiano, ambos Emperadores. El primero odiosísimo al Pueblo, y quitado del mundo con inhumana muerte por los Romanos, arrepentidos de que huviesse sobrevivido una sola hora, à los furiosos que egecutò contra Roma, despojandola de su autoridad, robandole sus tesoros, y llevando tras sí al deguello como desarmados corderillos à los hombres mas distinguidos de la Romana nobleza. El segundo, que fue Tito, por el cuidado con que atendió à los intereses, y gloria del estado, y por la liberalidad piadosa, que usò con los menesterosos, y afligidos, tan amado generalmente de todos, que en las historias le dejaron conocido con este nombre: *El amor, y las delicias de los hombres*. Mas no es solo Tito Vespasiano à quien conviene semejante elogio. Con mayor razon debe ser entendido nuestro Santo, quando se afirma de alguno sin nombrarle: ser el amor, y las delicias de los hombres. Porque si el modo mas capáz de ganar amigos, y apasionados, es hacer beneficios, que don recibió de Dios Antonio, que no lo hicief-

se servir à la comun utilidad? Acafo la sabiduria? Pero no la comunicò sin embidia, haciendola amable à todos, mostrando su honestidad, y formando della inmensos volumenes, vivos, y muertos; èstos para hablar sin lengua desde las Bibliotecas; aquellos para sostener las verdades del Evangelio desde las Cathedras, y promover la inocencia desde los Pulpitos? Acafo la Profecia? Pero que diga aquella noble Matrona de Anisio, si por el Oraculo de Antonio supò anticipadamente, que daria à luz un hijo, el qual despues de vestir el sayal de San Francisco, seria mas dichoso, que èl, consiguiendo adornar sus sienes, y mano con la corona, y palma del martirio? Acafo el conocimiento de los interiores? No dirà tal aquella Señora de Ferrara, cuya inocencia conociò San Antonio, firviendose deste conocimiento, para librarla de la muerte, à que la tenian destinada los furiosos celos de su marido; consiguiendolo todo por un modo tan raro, como desatar milagrosamente la lengua de un niño recién nacido, para dar un testimonio autentico de la fidelidad al talamo, de su madre. Recibió por ventura en vano el poder que le diò Dios sobre los elementos, sobre las enfermedades, sobre la muerte? No consentiràn que se diga tal, tantos navegantes, que invocando su nombre sobre las aguas, vieron al mar deponer su orgullo; tantos ciegos con vista, tantos calenturientos sanos, y la muerte misma obligada de su imperio à desenterrar los cadáveres mas corrompidos ya, que el de Lazaro. De los Jurisconsultos de Roma la Antigua, dice Marco Tulio, (1) que patrocinando las causas ocurrentes, vinieron à ganar un numero excesivo de amigos, y parciales. Quièn dudará, pues, que todas las Naciones hayan mostrado à Antonio un afecto ternísimos, no habiendo alguna, que no se reconozca deudora à su amo-

(1) M. T. C. *In Remp. Rom. Clarissimi viri forensibus actionibus multorum amicitias sibi pepererunt.*

rosa beneficencia? Quantos apasionados se ganó el Santo en España, en Portugal, en Francia, y en Italia, donde haciendo officio de Apostol, inflamò tantos pechos, y le hizo tantas conquistas à la Fè. Cumpliendo las partes de Dotor iluminò tantas mentes, y exterminò tantos errores. Exalando el olor del candidissimo lirio de su pureza, hizo amable la virginidad, y plantò en el Paraíso mil azucenas. Abogando finalmente por las causas mas abandonadas, y peli-grosas; con sus *preceptos*, hizo restituir à la muerte tantas vidas usurpadas; con sus *peremptorias* obligò al Demonio à defalojar los cuerpos; con sus *citaciones* hizo comparecer la luz en las pupilas, la voz en la lengua, y la salud en los cuerpos.

La qualidad de sus maravillas obradas à beneficio del mundo excitan en qualquiera mente una curiosidad devota de saberlas, pero su multitud pone à la lengua en desesperacion de contarlas. Y què gloria mayor de un Heroe, que ser tales, y tantas sus glorias, que hacen culpable de presuntuoso al pensamiento, que intenta reducir las à guarismo? Yo llamo aora al tribunal de la fama todos los milagros, que ha obrado Antonio, para que todos ellos depongan la verdad, en lo que les fuere preguntado. Decid, ò maravillas; que el brazo de Dios ha obrado por la mano de Antonio, quan acepto le haveis hecho à los hombres, y quan tiernamente amado dellos? Envanecerse de servirle en su casa los nobles; ofrecerle todos sus obsequios los Magistrados; hacerle arbitro de sus derechos, y sus intereses los Pueblos; seguirle por las campañas, y los desièrtos todas las personas, sin distincion de edad, de grado, ni de sexo, efeto de que era, sino de reconocerle, no solo com un prodigio de fantidad, sino tambien como un Taumaturgo en la fecundidad de los milagros? Si Señores; aunque la fantidad eximia de Antonio pudiera ganarle un sequito grande de parciales, y de amigos, no era èsta la que principalmente le hacia amable à todos; sino la autoridad, que reconocian en èl para obrar

obrar sobre la jurisdiccion de la naturaleza. No lo estrañeis; pues mayor santidad infinitamente ostentaba el Salvador del mundo en su trato, y si creemos al Evangelista, el amor que le mostraban las turbas, siguiendole por los desièrtos, nacia de los prodigios, y señales, que iba obrando. (1) Còmo, pues, oyentes, podia menos de ganar el amor de todos los Pueblos aquel Antonio, à quien miraban esparcir por todas partes la luz de celestiales enseñanzas, abolir practicas detestables, que ya querian prescribir contra el Decalogo, introducir costumbres virtuosas, extirpar abusos, impedir usuras, pacificar odios; y dejar impressos en todas partes vestigios beneficiosos, de vicios abatidos, de sacrilegios exterminados, de moribundos convalecidos? Còmo no havian de amarle aquellos pecadores obstinados, que convencidos finalmente de sus razones, despertaron al trueno de su voz, de su letargo profundo, y volvieron à entrar en los caminos de la virtud christiana, y de la eterna salud? Tantos rebeldes, que à sus ruegos, depuesta la antigua dureza, comenzaron à llenar el ayre de ardientes suspiros, y arrojar por los ojos con el amargo llanto, la ponzoña del corazon? Tantas juvenes à quienes el amor impuro tenia hechas otras tantas Pelagias, convertidas por un celestial encanto de su lengua en purissimas Palomas del Paraíso? Tantos mozos disolutos, que atados como jumentos al inmundo pesebre, se alimentaban con el fragil heno de la sensualidad, ya que: *Omnis caro fœnum*, (2) passaron à persuaciones suyas à no tener otro alimento, que el que admite una rigidissima penitencia? Còmo es posible, Señores, que todos estos no mostrassen à Antonio una cordialissima estimacion, venerandole como su libertador, y reconociendo en èl el instrumento de su felicidad, y de su dicha? Mas no eran estos solos, quie-

(1) Joann. cap. 6. v. 2. *Sequebatur eum multitudo magna, quia videbant signa, que faciebat.* (2) Isai. cap. 40. v. 6.

nes daban à nuestro Santo muestras de su afecto, y de su ternura. Mostraban amarle quantos eran testigos de sus maravillas, y eran testigos de sus maravillas, quantos lo eran de sus acciones. Eran muy publicos, y ruidosos sus milagros, para estar ocultos. Todos veian, que al imperio de su voz, no havia Demonio, que à su mal grado no dejasse la possession tirana de los cuerpos. Al contacto de sus manos, no havia calentura, que no apagasse sus llamas, dolor que no suavizasse su amargura, herida, que no cerrasse sus labios, para adorar con un respetable silencio su virtud. Con una palabra dicha desde el Pulpito, descubre, y desbarata los timidos estratagemas del infierno, que se vale de mil sagaces ardidés, por no tener valor para salir à cuerpo descubierto contra Antonio. Con la misma facilidad, que hace los milagros, los deshace para castigo, y para correccion de la infidelidad, y de la dureza. A un muerto fingido, le hace verdadero con su oracion, y castigada con este escarmiento la burla, que se pretendia hacer del Santo, le restituye la vida, para que èl, y su compañero corrigiessen en adelante su grosero, y aspero trato con los pobres. Lloro un herege con fingidas lagrimas la perdida de sus ojos, y para hacer mas creible su dolor, y su desgracia, se los cubre con un paño ensangrentado. Acude à nuestro Santo por el remedio, guiado de una quadrilla de hereges, para celebrar la burla. Prometele Antonio el remedio, que era debido à su piedad, y à su fe; dale su bendicion, y manda que le quiten el bendage. Con los paños van los ojos. No ha menester el paciente mudar estilo, ni language para lamentarse de su desdicha. Hace de veras quanto lleva estudiado hacer de burlas. Mirase una scena lastimosa, donde se esperaba un espectáculo festivo. Los hereges no pueden disimular su afrenta, y su confusion. Los Catolicos celebran con devotissimas lagrimas el triunfo de la Fè. Antonio se deja vencer de su caridad. Restituye los ojos al paciente, y se sirve deste pro-

digio, como de colirio, saludable para curar la ceguedad lastimosa de aquella obstinada infidelidad. Mas todo esto era poco aun, para tener tan gran dominio sobre los corazones, si de mas à mas no huvieran visto, que à la plenipotencia de sus mandatos, la tierra, el fuego, el ayre, y el agua daban una obediencia la mas sumissa. Arbitro, y como Vice-Dios en el gobierno de los mares, les impone sus leyes à las aguas. Unas veces de pacificas las buelve inquietas, otras de orgullosas las hace tranquilas. Triunfador del Oceano, no se quando mas propriamente, ò quando manda la retirada à los uracanes, ò quando abre camino à las naves en el peligro, ò quando sosiega los tumultos de las ondas, ò quando intima silencio à los vientos, y les cierra su boca, ò finalmente, quando obliga à los pezes à comparecer sobre las aguas, y los precisa à oir sus Sermones con atencion, y con cortesia. El ayre se depura de sus malignos halitos en su presencia, y las influencias contagiosas dejan de corromper el ambiente, toda vez, que èl le haya embalsamado con la amable fragancia de sus inocentes alientos. El fuego queda sin actividad à la invocacion solamente de su nombre, y no es una sola la vez, que arrepentido de su voracidad, ha tenido la boca abierta para devorar, pero se ha contenido, temiendo no le hiciesse mal provecho saciar su hambre, contradiciendolo Antonio. La tierra al soberano imperio de su palabra, aora se fecunda en maravillosos frutos, y aora se despossee de los cadaveres, sobre quienes egercia ya su jurisdiccion horrorosa. Prodigios son estos, Señores, verdaderamente admirables, y que se hicieran sospechosos, sino se hablasse de un San Antonio de Padua, de quien nunca se dicen cosas tan grandes, que no espere oir mayores la devocion. Seria una presuncion vana, y temeraria proponerse qualquiera hacer una relacion de todos los milagros de San Antonio, inauditos por su grandeza, por la novedad, singulares, y por el numero, sobre la aplica-

cion de todo humano pensamiento. Yo me acuerdo mucho de la sentencia de un moderno, el qual queriendo tratar de los prodigios de nuestro Santo, dijo: *Que el mayor milagro de San Antonio de Padua, sería dejar de hacer milagros.* Ciertamente no puede darse encarecimiento mayor de la multitud, y frecuencia estrepitosa de sus maravillas, dignas por esto de que se proceda para contarlas, como se procedia para formar el computo de los Soldados de Sirsa, los quales no se contaban por hombres, sino por esquadrones.

Un hombre, oyentes, tan beneficioso à todos, sería maravilla mostruosa, sino fuesse amado. El mundo hizo justicia à su santidad calificandola de eximia, y mostrò su reconocimiento à los favores, de una manera la mas capáz de hacer concebir una justa idea de la estimacion, y amor, que tenia à nuestro Santo. Resonaban las voces de todos en alabanzas de Antonio. Le saludaban con los títulos brillantes, y honoríficos de Santo, de Profeta, de Apostol; elogios tanto menos peligrosos, quanto eran de mayor mortificacion à nuestro Santo, y tanto mas sinceros, y verdaderos, quanto en sus alabanzas jamás reconocieron peligro de ser profusos, y siempre temian de ser escasos. Quando iba por los caminos, ò por las calles, le salian al encuentro en tropas numerosísimas; los menos, llevados de una devota novedad; los mas, de la ambicion de sus milagros; y todos por ver un hombre, en cuyo semblante llevaba tantas contraseñas de una santidad heroyca. Quando llegaba à las Ciudades, salian à recibirle à sus puertas los Obispos, los Cleros, los Magistrados, los Tribunales. No quedaba obsequio, que no le hiciesen, no rendimiento, que no usassen, no atencion, que no cumpliesen, ni muestras de benevolencia, que no le dieran. Las campanas, los castillos, y las voces del Pueblo formaban una confusion tan devota, y un desconcierto tan armonioso, que obscurecian toda la gloria; que la soberbia de los Emperadores Gentiles introdujo en Ro-

ma para honrar el recibimiento de sus Cesares. Hacian muchos peregrinaciones penosísimas solo por verle, y dichofo aquel, que podia conseguir llegar à tocar solamente la fimbria de su abito. Quien le besaba su mano se bolvia à su País alegre, y satisfecho, y quando contaba su fortuna, era sugeto de embidia à todos sus paisanos. Veis, oyentes, el estilo del mundo; ordenanza sabia de la Providencia, para que la virtud tenga la estimacion, y honra que merece. El mundo hace burla de quien para honrarle, le pone por corona sobre su cabeza. El mundo adora à quien por desprecio le pone bajo sus pies. El mundo buelve honras por los ultrages, que se le hacen, y paga con amarguras la fidelidad con que se le sirve. Hace un trato descortès, y grossero à sus parciales, y dobla sus rodillas para adorar sus enemigos. Guarda sus favores para quien no ha tenido parte en sus engaños, y derrama liberal su ponzoña sobre los adoradores de sus mentirosas divinidades. Bellas lecciones, Señores, para tratar con el mundo! Si estimais su honor, despreciadle; si quereis sus favores, ofendedle; si deseais que os halle para haceros felices, haceos sordos à sus llamadas. Desta manera se portò Antonio, y semejante conducta debemos tener quantos nos preciamos de ser sus devotos. Con dar al mundo todos sus aborrecimientos, y sus iras, consiguió del mundo tantos honores, que era temible estendiese todas las velas de sus pensamientos, y sus esperanzas al viento de la soberbia, à no estar tan radicado, como èl mismo, en el propio conocimiento. La fabrica admirable de sus virtudes se levantò sobre los solidos fundamentos de la humildad, y así pudo no solo sostenerse contra los assaltos, esplendidos igualmente, que violentos; sino hacerse inmoble à la baterias lisongeras del honor.

Y pensareis vosotros, Señores, que la presencia de Antonio, y su amable vista eran solamente quienes grangeaban à su Persona tanta estimacion, y honra? Tendriais ra-

zon para creerlo así, si la muerte huviera hecho menos amable à Antonio difunto, que lo era vivo. Ella à pesar de su silencio, fue una voz, que llamó nuevamente la atención de todos los Pueblos. Ella hizo hablar à los niños mas tiernos, para que publicando por la Ciudad la muerte del Santo, se perfeccionassen sus alabanzas con el testimonio inocente de los infantes. Ella cerrando los ojos de Antonio, dió un señal, para que à tropas, y sin orden viniessen los prodigios à acrecentarle honras à aquel preciosísimo cadaver; ella tocò la retirada à las enfermedades, y dolencias de los devotos del Santo, y con la misma llave con que le abrió à Antonio las puertas del Paraíso, dejó abierta en sus venerables reliquias una mina abundante para enriquecerse la devoción. Creció esta tan aprisa à vista de las frecuentes, y ruidosas maravillas, que Dios iba obrando para credito de su siervo en aquellos primeros dias de su muerte, que juntas las voces de los milagros, con las del Pueblo, de los Magistrados, de la Religion de San Francisco, y de los Obispos, fueron tan benignamente oídas del Pontífice, que concluidos los once meses desde su tránsito, escribió solemnemente su nombre en el Catalogo de los Santos. Quien sepa la lentitud, y madurez con que procede la Iglesia en la canonización de los Santos, no podrá menos de arguir, quan contestadas estarian las virtudes de Antonio, y quan evidentes sus milagros, que pudieron obligar al Soberano Pontífice Gregorio Nono à pronunciar la sentencia definitiva de su santidad, antes que se cumplierse el primer año de su muerte. Es verisímil, que à alguna Provincia muy distante de Italia donde era constante la fama de Antonio, llegassen juntas las noticias de su canonización, y de su muerte. Lo que no tiene duda es, que apenas los Pueblos vieron à Antonio en estado de recibir incienso, y adoraciones, no pensaron en otra cosa primero, que en desahogar su afecto, y su ternura. Buscáse los Maestros mas hábiles para trazarle Templos; en-

comiendase à los Escultores mas famosos la fábrica de Imágenes, y altares, no hay tela preciosa, que no sea hallada para su culto. Se instituyen Congregaciones, se erigen Cofradias, se establecen Hermandades, para darle honor. No hay Nacion, no hay Reyno, no hay Ciudad, no hay casa, que no quiera obligar su patrocinio con algun especial obsequio. Esparcen flores sobre sus altares, derriten hachas, quemán incienso, y hasta la India hacen contribuir con todas sus riquezas para el adorno de sus altares, y sus Imágenes. Y no es un solo Reyno, ò una Ciudad, quien muestra à nuestro Santo un afecto tan cordial. Los demás Santos tienen sus parciales, y son venerados con especialísimo culto, pero no reciben generalmente de todo el mundo sus aplausos. Son puntualmente como las estrellas, que no resplandecen igualmente brillantes en todos los Climas. Es venerado en Napoles S. Genaro, pero apenas su nombre se sabe en Polonia, donde se lleva todas las atenciones San Flaviano. A San Estevan consagran los Ungaros sus mas tiernos afectos, venerándole como su Rey que fue, y su Padre que es, pero en Francia, ni un altar por ventura se hallará dedicado à su nombre, ocupados los Franceses en buscar aras, para colocar su Roque, y su Martin. Invoca Madrid en sus aflicciones el patrocinio poderosísimo de San Isidro, Paris cuenta con el favor de San Germano, España encomienda su felicidad al grande Apostol San-Tiago, Moscovia no hace à otro su recurso, que à Nicolàs. Mas San Antonio de Padua, es no solo conocido, sino amado, y venerado en todas aquellas partes, donde se oye el nombre de Jesu Christo. No es Portugal solamente donde nació, no Francia donde esparció las luces de su enseñanza, y sus beneficios, no Italia donde descansan sus cenizas, quienes hacen profesion de serle devotos. Son todos los Reynos de Europa, y muchos del Asia, y del America. En todas partes conserva un numero exorbitante de apasionados, que invocan su nombre, le dedican

festividades, le consagran votos, y constituyen por Panegiristas de su afecto à los altares hechos asquas de oro, à las máquinas magestuosísimas del marmol, à las lamparas, y antorchas, que de sus luces se sirven como de lenguas eloquentes. En atencion à esto dijo un ingenio Portuguès, que nuestro Santo no debe llamarse San Antonio de Padua, sino San Antonio de todo el mundo, no pudiendose saber, ni que Nacion ama à nuestro Santo mas tiernamente, ni à que Nacion ha dado nuestro Santo argumentos mas sensibiles de su patrocinio.

Y no solo los Reynos, y los Pueblos, sino las Personas particulares tienen un género de afecto à nuestro Santo, que parece efeto de un hechizo sagrado su devocion. Entrad en los Palacios (no en aquellos donde una politica maldita, ò quizà mas propiamente una dissimulada falta de Religion, tiene mandado destierro à todas las Imagenes de los Santos) entrad, pues, digo en los Palacios de los Principes, en las casas de los Cavalleros, aun en los albergues mas humildes de los rusticos. Apenas hallareis casa tan destituida de muebles, que entre ellos no sea hallada alguna Imagen de Antonio, para adorno de las paredes, y fomento de la devocion. Argumento es este bastantemente solido del amor, que à nuestro Santo professan las personas de toda Nacion, y calidad. Los Zuecos para mostrar lo acepto, que les era su Rey Gustavo, hicieron pintar su retrato sobre tantas tablas, que pudieron colocar una imagen fuya en cada casa. Y lo mas admirable, Señores, no es, que sea tan general el amor de los Pueblos à nuestro Santo; lo mas raro es, que despues de seis siglos, que han corrido desde su muerte, no han flaqueado un punto en su antigua benevolencia. Vemos, que los demàs Santos son venerados de concursos numerosísimos en aquellos primeros años de su muerte, ò de sus cultos. Despues se va poco à poco entibiando tan gran fervor. Ya no se suspenden tantos votos en su sepulcro, ya no se encien-

den

den tantas lamparas en su Capilla, ya no tienen sino alguno muy pio, que vele al rededor de sus altares, y si la Iglesia no renovara sus memorias en el dia aniversario de su festividad, era temible, que hasta el nombre se les olvidasse del amado Heroe. No se porran así los hombres con nuestro Antonio. El amor, y la devocion de los Pueblos puede decirse, no solamente, que no ha descaecido, sino que va de aumento. Cada dia se instituyen nuevas festividades, cada dia se erigen nuevas congregaciones, cada dia se levantan nuevos altares, cada dia se suspenden en las paredes de sus Capillas nuevos despojos, de enfermedades vencidas, de muertes auventadas, de encarcelados libres, de tormentas pacificadas. Enciendese continuamente como un contagio de devocion. Serle sus devotos, y apasionados ha venido à hacerse como moda, de la qual ninguno quiere excluirse. De suerte, Señores, que puesta la mira en lo que passa en los otros Santos, y en Antonio, yo comparo la devocion de los Pueblos à los otros Santos à una fuente, y la devocion de los Pueblos à San Antonio de Padua à un rio. La devocion à los otros Santos es como una fuente, la qual veréis, que quanto mas se va ausentando de su nacimiento, tanto va perdiendo de sus aguas, cediendolas en tanta abundancia por el camino, que si al fin no desaparece del todo, no le queda mas caudal, que el de un sudor. La devocion de Antonio es como un rio, el qual observareis, que al passo que va poco à poco ausentandose del lugar de su origen, aumenta sus corrientes con los tributos, que le van pagando los arroyuelos, y fuentecitas, de manera que quanto mas distante de su nacimiento, mas rico de aguas, pudiendo sobre sus espaldas mantener naves de descomunal grandeza.

No estrañeis tenga esta singularidad la devocion, y afecto de los Pueblos à San Antonio. Un Santo à quien Dios le diò tales muestras de su amor, era consiguiente fuesse amado de los hombres, los quales teniendo tanta necesidad de

Q4

la

la divina beneficencia, debian obligar el patrocinio de un Santo tan poderoso. Un Santo à quien Dios glorifica cada dia con nuevos prodigios, no es maravilla sea glorificado cada dia con nuevos honores. Pero el honor mayor, que podemos hacer à su santidad, es imitarla. Proponéos ser imitadores fieles de sus virtudes, grangeandoos como èl, el amor de Dios, y de los hombres. Conducid una vida tan arreglada, que no desmintais el bello titulo de Christianos. Amad à Dios con un ardiente afecto, para ser amados de su Magestad. Cumplid con vuestros progimos todos los officios de una christiana caridad, y contad ya con la estimacion de los hombres. A este capital se reduce toda la perfeccion, que pide Jesu Christo à sus seguidores. En este circulo dicho se encierra el cumplimiento de toda ley. Y supuesto que à Antonio le venera la piedad como poderosissimo para hallar por intercesion suya las cosas perdidas, obligad su merito, para conseguir este favor. Como no hay joya mas rica, que la divina gracia, así ninguna otra pèrdida debe fernos mas dolorosa. Pedidle, pues, à Antonio os alcance una luz semejante à la que tuvo aquella muger del Evangelio, para hallar su dragma perdida. (1) La divina gracia es una dragma de mayor valor, que el que encierran todas las minas de la tierra. Si la huviereis perdido, acudid al patrocinio de Antonio, para hallarla. Si la poseeis, imitad sus virtudes, para no perderla.

(1) Luc. cap. 15.

S E R M O N D E L C E R T A M E N .

Erratis nescientes Scripturas, &c. Matth. cap. 22. v. 29.

Regnum Cælorum vim patitur, & violenti rapiunt illud. Matth. cap. 11.

Ego Sapientia effudi flumina. Eccli. cap. 24. v. 40.



Abios? Ni mas odioso nombre puede jamás llegar à nuestros oídos. Aun no se han cerrado las heridas, que nos abrió en el Paraíso este apetito de la Sabiduria, y se nos exhorta caer en tan futil tentacion? Debiera primero haverfenos borrado de la memoria aquel engañoso brindis de la Serpiente à nuestros Padres: *Evitis sicut Dii scientes bonum, & malum*, (1) para dejarnos tan presto dominar de un lisongero amor à la ciencia. Este tropel de pasiones, que sentimos tan repugnantes à la razon; esta inclinacion vil à las corrupciones del apetito; esta guerra domestica, en que tantas veces cede el espiritu al violento impetu de la carne, no es la funesta herencia, que negociò Adan à sus hijos quando tuvo el antojo de ser sabio? Cada enfermedad,

(1) Gen. 3. v. 5.